

REFLEXIONES ANTROPOLOGICAS SOBRE LA COMUNICACION EDUCATIVA

Carmen Gutiérrez Berisso

En un mundo como el actual, que presenta profundas transformaciones, incertidumbres y contrastes, en el cual se oscila entre una creciente masificación -donde se pretende dejar de lado lo propio- y un individualismo empobrecedor de la persona humana -porque la aísla irremediablemente dejándola en un vacío sin sentido-, cabe reflexionar acerca de la comunicación social y sus implicancias educativas.

Es una temática de radical importancia, de la cual se va teniendo cada vez mayor conciencia, y mueve a buscar sus fundamentos últimos en los sujetos singulares y concretos que hacen posible esta comunicación. Nos hallamos frente a la persona humana como centro tanto de la comunicación social como de la educación¹.

En efecto, la persona humana, capaz de trascendencia no sólo en el orden de conocimiento sino también en el afectivo-volitivo, es un ser cuya esencia es afectada por distintas relaciones. Puede establecer diversos vínculos con el mundo que lo rodea y con seres semejantes a él. Respecto de la relación entre los seres humanos en particular, ésta da lugar a la comunicación, por la cual se hace partícipe a otro de lo que uno tiene. La relación humana, para que sea verdaderamente tal, implica que el sujeto humano, subsistente por participación, se abra y se ponga en contacto con otro ser igualmente subsistente, capaz de conocer y amar. En esa relación -que realmente modifica su ser- la persona humana puede perfeccionarse y perfeccionar al otro. De este modo la relación humana supone una alteridad fundamental, una distinción -no identificación- entre dos o más seres humanos que, por ser independientes en su ser y poseerse a sí mismos, pueden ser punto de referencia para relacionarse con otros seres inteligentes y libres.

La persona humana y el conocimiento de la verdad

Al buscar el fundamento de la comunicación humana, nos parece importante referirnos a aquellos que pueden ser llamados pensadores esenciales -y por ello clásicos- en cuanto han planteado en profundidad los temas y proble-

mas que acosan a todo hombre. Se caería en un racionalismo orgulloso, sin sentido y fundamentalmente atemporal, si se quisiera ignorarlos.

Por ello recordemos que Aristóteles inicia su famosa *Metafísica* con una afirmación básica para la comunicación, que se opone abiertamente al relativismo vigente hoy en día que quita al hombre la posibilidad de abrirse a la realidad que lo rodea. La afirmación es la siguiente: "todos los hombres desean por naturaleza conocer"². Ese deseo responde a una capacidad humana específica y no es una pretensión inútil o ilusoria. En efecto, para justificar tal aseveración Aristóteles recurre sencillamente a la experiencia humana, señalando el aprecio que el hombre tiene de todas las percepciones sensibles, en especial las de la vista, aún cuando no se siga de ellas ninguna utilidad práctica³.

En esta argumentación simple, está implicada la valorización de la capacidad humana de conocer sensiblemente, por la cual nos ponemos en contacto inmediato con el mundo que nos rodea. También a ella recurre Aristóteles en su disputa con los escépticos, centrando la cuestión en la aceptación o rechazo del principio de no contradicción⁴. Como se sabe hace una defensa de este principio no sólo en un orden especulativo sino práctico. Siguiendo a Aristóteles, podemos ver que la aceptación de la validez del principio de no contradicción implica que el hombre puede distinguir una cosa de otra y por tanto le es posible discernir lo verdadero de lo falso y en el orden moral, llegar a diferenciar el bien del mal.

Tener presente la capacidad humana de conocimiento sensible -inicio de la actividad intelectual- es enormemente fructífero frente al pensamiento inmanentista; pensamiento que por no admitir el predominio del ser sobre la conciencia, termina relativizando todo y desvalorizando lo concreto⁵. Pero Aristóteles no se detiene ahí. Afirmada la capacidad de conocer que el hombre tiene por naturaleza, muestra además cómo esa relación cognoscitiva no es una simple alteración sino incide en el ser del hombre. Así señala que el conocimiento constituye para el hombre un crecimiento o perfeccionamiento en el propio ser⁶. El hombre se abre a la realidad y vuelve enriquecido. Por otra parte cabe señalar que la misma actividad intelectual alcanza su máxima perfección cuando el que contempla e investiga hace partícipes a otros de su mismo actuar, con lo cual se ponen en juego otras dimensiones humanas⁷.

Ahora bien, esta capacidad cognoscitiva se va desarrollando paulatinamente. El hecho de que el hombre pueda conocer no significa de ningún modo que conozca todo de una manera clara, distinta y rápida. Pero esta apertura al mundo y la progresiva conciencia de sí mismo -primer paso en el camino de la comunicación social y de la educación- está naturalmente al alcance de todo hombre.

Comunicación y tendencia al bien

Sin embargo no se puede reducir la actividad del hombre al ámbito cognoscitivo. Así como se da una tendencia a conocer la verdad, se da también una tendencia hacia el bien que moviliza toda la persona. El conocimiento es un presupuesto pero no el constitutivo último de la formación del yo, ya que éste es obra de la tendencialidad libre.

Rigen hoy en día corrientes de pensamiento que sostienen que es el hombre el que determina lo que es conveniente o no, lo bueno o lo malo. Pero si esto fuera una prerrogativa exclusiva del hombre, recaería únicamente sobre él el destino del mundo. Así se explican ciertas actitudes de profunda angustia existencial nihilista.

Desde un punto de vista metafísico realista, todo ente, por ser tal, tiene un cierto acabamiento ontológico, encierra una cierta perfección y por ello puede perfeccionar a otros; es decir, no sólo es perfecto sino perfectivo. El bien -propiedad trascendental del ser- añade la relación de conveniencia. De allí su capacidad de atraer a modo de fin. En este sentido sigue siendo iluminador un antiguo principio: el bien es de por sí difusivo⁸. Por ello, si estamos dispuesto a aceptar la persona humana en su verdadera realidad, se ve que el hombre no es el creador absoluto del bien, sino que por el contrario puede descansar en él⁹.

Si todo ser tiende por naturaleza hacia lo que le es conveniente, en el caso del hombre esa inclinación al bien es subsumida por su voluntad libre, que tiene dominio sobre sus propios actos. Metafísicamente el hombre se encuentra con un orden dado¹⁰, pero este orden incluye la misma naturaleza del hombre que, en cuanto ser espiritual, debe situarse en él, según su propia naturaleza, es decir, libremente. En efecto, la voluntad libre es una energía primigenia, una capacidad espiritual originaria que compete a cada hombre singular, que conforma su personalidad e impide su disolución en la masificación. Así el hombre se constituye en un ser libre en cuanto es capaz de actuar decisiones personales, autónomas, de las cuales es responsable. Para el realismo filosófico hay una emergencia de la libertad -que implica una cierta absolutez-, pero a diferencia del pensamiento moderno inmanentista, no se funda únicamente en sí misma, pues supone una realidad dada que se presenta como buena.

Si la persona humana puede descansar en lo bueno en cuanto existe independientemente de ella, esto no quita la tensión propia de toda búsqueda del bien. Pero se trata de una tensión pacificadora, que lleva al hombre a salir de sí, orientándose libremente al bien y alcanzar su plenificación¹¹.

Comunicación social y naturaleza del hombre

Si bien determinadas circunstancias parecerían querer encerrar al hombre en sí mismo, ya sea por temor, egoísmo, o por falta de horizontes amplios, es posible comprender y aceptar la naturaleza humana con sus distintas capacidades -muchas veces olvidada o pretendidamente cercenada-.

La referencia a la naturaleza humana es fundamental porque en ella se encuentra el origen de toda comunicación. Por ello es necesario considerar cuál es la relación entre el hombre y el Absoluto personal.

Dios, Ser Absoluto, participa su ser al hombre y en su omnipotencia no sólo lo hace ser sino que lo hace libre. La participación del ser de Dios no es a modo panteísta sino creacionista y así, aunque el participante depende real y absolutamente de lo Participado, no se identifica con el mismo. De modo que por la participación del ser, Dios, Persona libre y providente, posibilita al hombre la comunicación con El y con el resto de la creación; le permite establecer vínculos sólidos con los otros hombres, que garanticen su desarrollo pleno y armonioso.

El hombre, llamado a satisfacer sus ansias de verdad y de auténtica libertad en la búsqueda del bien, necesita de modo imperioso de los otros seres humanos. Necesita de la comunicación humana que para ser tal exige que los términos de dicha relación, como se dijo, mantengan su alteridad, lo cual garantiza el respeto mutuo y reconocimiento de los beneficios recibidos.

Así cada sujeto humano singular y concreto experimenta una gran plenitud cuando va creciendo en su interioridad no de modo aislado sino en comunicación, en íntima relación con seres semejantes.

Frente a corrientes nihilistas actualmente vigentes que aíslan al hombre y paradójicamente lo masifican quitándole toda responsabilidad y por ende libertad de decisión, más que nunca parece necesario volver a la persona humana misma, sin prejuicios y desde ella ver sus profundas necesidades.

La relación humana basada en el descubrimiento paulatino de la verdad y en la aceptación libre y gozosa del bien, se constituye así en el elemento educativo por excelencia.

A partir de la persona humana como ser participante del Ser Absoluto, suma Verdad y Bondad, se abren caminos para una auténtica comunicación social y también caminos para una auténtica educación, o sea para el desarrollo armónico de la personalidad humana que tiende por gravitación natural hacia la verdad y hacia el bien.

La comunicación educativa

Ejemplos de comunicación educativa no faltan. A lo largo de la historia humana ha habido seres humanos que han asumido el riesgo de buscar la

verdad, comprometiéndose vitalmente con ella y haciendo partícipes de ello a los demás. Sobran quizás repetidores, aquellos que no transmiten esa verdad vivida porque no la han asumido de un modo personal y quedándose en un plano meramente cognoscitivo, no han permitido que lo conocido como verdadero se traduzca en su vida. Esto implica ignorar una exigencia propia del hombre: la de su íntima **unidad**, que se manifiesta no sólo en el plano del ser sino en el del actuar¹².

En razón de la unidad del hombre, la verdad no puede quedar simplemente confinada en un ámbito teórico, sino que debe ser vivida existencialmente y así enriquecer y conformar poco a poco la persona. De ningún modo propongo con esto reducir la verdad a la acción -sería caer en un activismo, una pseudo-actividad carente de sentido-, sino rescatar la unidad profunda de la persona. Esta unidad se traduce en la interacción de sus distintas capacidades; en este caso, la unidad de la persona permite llevar al campo existencial aquello conocido y contemplado¹³.

Por otra parte, cuanto más profunda sea la unidad de la persona, mayor será la posibilidad de comunicarse con los otros y favorecer al mismo tiempo que el otro sea también sí mismo.

La comunicación de la verdad vivida es, entonces, a mi entender, el estímulo más fuerte de todo proceso educativo y a la vez el fundamento de la verdadera autoridad. En efecto, la educación es un arte, no una simple transmisión cognoscitiva, que podría darse por otros medios. Pero sin la comunicación de la verdad vivida, que moviliza toda la persona, todo intento educativo carece de verdadero fundamento. Los distintos métodos de comunicación social y de educación serán convenientes y eficaces en la medida en que refuercen y apoyen la aspiración esencial de todo hombre a ser sí mismo, facilitando la búsqueda de la verdad y la asunción libre de verdaderos bienes; de modo que esos bienes devengan valores, es decir, bienes en sí para cada uno. El bien se constituye en valor cuando pasa a ser un bien propio.

Todo lo dicho supone un compromiso personal, intransferible y al mismo tiempo ejemplificador para los demás.

Conclusión

La consideración de la persona humana como un ser subsistente por participación, unitario, perfectible y ser en relación, brinda pautas claras para el desarrollo de una verdadera comunicación humana, de modo que llegue a ser educativa.

Para ello se debe tener en cuenta en primer lugar la dignidad propia del ser humano, que no obstante su finitud, puede perfeccionarse mediante su actuar; más aún está llamado a superarse de acto en acto.

Lejos de atomizar al hombre mediante múltiples y acosadores estímulos

externos, la comunicación deberá brindar información verdadera en forma adecuada y ordenada, de modo que ayude al hombre a vivir una mayor unidad interior; deberá presentar la verdad de tal modo que sea un estímulo eficaz para que sea traducida en la acción.

Deberá respetar la identidad de quienes se relacionan evitando toda masificación y actitudes totalitarias donde lo particular y propio desaparecen en aras de fines que responden al ser genérico.

Ayudará a un mejor uso de la libertad humana traducida en el respeto y valoración no sólo de las personas sino de la realidad que rodea al hombre y fomentará una actitud de gozo ante los bienes recibidos y libremente asumidos.

De este modo, a mi entender, la comunicación humana social puede ser realmente educativa.

NOTAS

1. Al referirnos a la educación conviene tener presente dos sentidos complementarios:
a) la acción y ayuda para que un ser cumpla su proceso de desarrollo y perfeccionamiento;
b) el proceso mismo del desarrollo, actividad inmanente en el sujeto, por la cual se va enriqueciendo con nuevas cualidades que perfeccionan su ser. Cfr. al respecto:
P.I. QUILES, *Filosofía de la educación personalista*, ed. Depalma, Bs. As., 1984 p.9 y ss.
2. ARISTOTELES, *Metafísica* L.I., c.1 980 a 22.
3. idem, L.I, c.1 980 a 23 y ss.
4. idem, L.IV, c.4.
5. Para la profundización del pensamiento moderno inmanentista, remito a C. FABRO, *Introduzione all'ateismo moderno*, Studium, Roma, 1969 2ª. ed., donde analiza como el olvido del ser, proclamado por el cogito cartesiano ha llevado a la pérdida del absoluto y finalmente ha hecho de la nada el fundamento del ser cerrando así el cerco de la conciencia en sí misma.
6. ARISTOTELES, *De Anima* L.II, c.5, 417 b 6.
7. S. TOMAS DE AQUINO, *In IV Sent.* d.49, q.1, a.1, Sol. 3 ad 2.
8. El Pseudo Dionisio afirma que el bien es aquello por lo cual todos los seres subsisten y son como derivados de la causa perfecta. Cfr: *De divinis nominibus*, C.IV S 121, Marietti, Roma, 1950.
9. "Nuestra voluntad no es la causa de la bondad de las cosas sino que es atraída por ella como su objeto" (TOMAS de AQUINO, S. Th. Iª, q.20, a.2)
10. Para la relación entre el orden y la bondad ontológica, Cfr: S. TOMAS, *In I Sent.* d.47, q.1, a.4 donde señala que el bien en las cosas surge de un doble orden; el primero es el orden de todas las cosas hacia el fin último que es Dios; el segundo es el de una cosa a la otra, siendo el primer orden causa del segundo. De allí que las cosas están ordenadas entre sí y se ayudan mutuamente en cuanto están debidamente ordenadas al fin último.
11. Así como hay una tensión entre el sujeto y la realidad, la hay también entre intelecto y voluntad. Esta tensión impide la identificación arbitraria entre ambas facultades y evita la forma más grave de determinismo que es la conexión unívoca de intelecto y voluntad -a la manera de Spinoza- que se traduce en la concepción de la libertad como pura racionalidad. Para el análisis del plexo cogito-volo del pensamiento moderno según el cual la

espontaneidad activa del espíritu se pone a sí misma, cfr.: C. FABRO, *Riflessioni sulla libertà*, ed. Rimini, 1983.

12. La consideración de las propiedades trascendentales del ente sigue siendo fundamental. En efecto todo ente en la medida en que es, es uno.
13. Desde un punto de vista dinámico, la unidad de la persona humana se fundamenta en que el alma espiritual es el sujeto y raíz de sus distintas capacidades operativas. Cabe señalar que la distinción del alma espiritual -acto primero en el orden formal- y sus potencias -principios próximos de operación- es una traducción en la línea de la esencia del hecho que el hombre es un ser finito que recibe el *actus essendi* por participación, de modo que éste actualiza su esencia, pero no se identifica con ella.